



Me  
vence tu  
sensibilidad

Corín Tellado

Los Harris y los Richardson, dos familias amigas pertenecientes a la alta sociedad de Camden, están de fiesta. El joven arquitecto Peter Harris va a contraer matrimonio con Rixa, la pequeña de los Richardson, una criatura jovencísima, llena de pureza y profundamente enamorada de su prometido. Pero tras la apariencia de júbilo se esconde un odio insuperable. Gordon Richardson se opone violentamente a la boda de su hermana con su supuesto amigo. Dice temer que el frío, elegante y mundano Peter la convierta en una desgraciada. Quizá haya otras razones que expliquen el odio que ambos se profesan, como la envidia profesional o la pasión que consumió a Peter y a Eva, la bellísima esposa de Gordon, años atrás y que puede que aún no se haya extinguido...

Donde quiera que una esposa digna vaya, con ella va siempre su hogar. Aunque sobre su cabeza no haya más techo que el cielo, aunque la luciérnaga sea el único fuego que bulla a sus pies, entre el césped frío de la noche, el hogar estará siempre donde ella esté.

J. RUSKIN

# Uno

—No te alteres así, Gordon. Y, por favor, siéntate. Me estás poniendo nervioso con tus paseos.

—Parece que tomas a broma lo que te digo.

Henry Richardson se repantigó en el sillón giratorio y contempló a su hijo con expresión dubitativa. No creía posible que Gordon estuviese en su sano juicio. Y aun suponiendo que lo estuviera, ¿cómo se le ocurría, seis horas antes de la boda, hablar de aquel modo de su futuro cuñado?

—No tomo a broma tus palabras injuriosas respecto a Peter Harris —murmuró con decisión—, pero ten una cosa presente: igual que nunca jamás me opuse a tu boda con Eva Bronson, igual no me opondré a la boda de Rixa con Peter. Sería absurdo que a estas alturas intentara yo una cosa que está fuera de toda lógica. Has tenido tiempo suficiente, desde que Peter regresó de su largo viaje de estudios, de ponerme en antecedentes de su... ¿decimos temperamento, o personalidad, querido Gordon? Soy amigo de los Harris desde que era un muchacho de quince años. Ted Harris y yo hicimos la carrera juntos, igual que tú y Peter. Yo me quedé en aparejador, y Ted llegó a arquitecto. Seguimos siendo amigos, vamos juntos de caza. Mientras vivieron nuestras mujeres, hicimos esa panda que forman

cuatro personas bien avenidas. Fallecieron ellas, y Ted y yo seguimos siendo lo que se suele decir en el argot familiar, o vulgar si lo prefieres, entrañables amigos.

—No se trata de ti de quien yo pretendo hablar, papá.

—¿Quieres sentarte, Gordon? ¿Quieres, puesto que no te sientas, servirme una copa de whisky? Tengo la antesala llena de gente. Quiero despacharla antes de las dos de la tarde. A las seis se casa tu hermana y no quisiera dejar pendientes los asuntos que tengo en cartera para hoy. ¿Por qué no te vas a tu despacho y me dejas en paz con tus... cómo decimos, Gordon?

El aludido (alto, rubio, de ojos oscuros, de expresión dura) sirvió un vaso de whisky y lo puso sobre el tablero de la mesa de despacho.

—¿No tomas tú? —preguntó Henry Richardson con cierta oculta ironía.

Gordon dio una patada en el suelo.

—Es un indeseable.

Mister Richardson levantó una ceja. Apuró un sorbo del dorado licor y miró a su hijo por encima del borde del cristal.

—Me parece que estás expresándote en términos demasiado fuertes. Peter es un hombre de tu edad. Exactamente treinta años. ¿No fue siempre tu amigo? Cierto que os oí pelearos más de una vez, pero no veo la razón de tu encono a estas alturas, cuando se va a convertir en tu cuñado.

—Rixa es una cría para la inconmensurable experiencia de Peter Harris.

El caballero soltó una carcajada.

—Rixa, tu hermana, es una muchacha maravillosa, Gordon. ¿Una cría sin experiencia? Bueno, bueno. ¿Y qué? ¿Es que para ser feliz, forzosamente hay que estar sobrado de ella? Si la tiene el marido, digamos que es estupendo que sea así. Lo peor sería que se casaran dos ingenuos.

—Papá...

—No me convences, Gordon. Si no me das razones más plausibles, no podré escucharte. ¿Por qué no te vas a tu despacho y recibes a los clientes que tenemos citados para hoy?

Gordon no se movió.

Se inclinó sobre el tablero de la mesa y miró fijamente a su padre.

—Peter es el hombre menos indicado para esposo de una muchacha como Rixa. ¿Qué es eso? —se preguntó a sí mismo gritando—. ¿No la vio hasta ahora? Rixa siempre estuvo en Camden. Fue a un pensionado de Filadelfia. Pasó grandes temporadas en Nueva York. Pero jamás dejó de estar a nuestro lado. Es decir, que yo estimo que Peter la vio desde que nació, y solo ahora, a su regreso del largo viaje de estudios, se hace su novio. Es decir, solo ahora notó la existencia de Rixa.

Mister Richardson cruzó los brazos sobre la carpeta verde de piel, llena de documentos, y contempló a su hijo mayor con expresión dura.

—Eres un necio. ¿Acaso tú fuiste mucho tiempo novio de Eva? —y riendo cachazudamente, ya sin dureza—. Si mal no recuerdo, Eva era la joven que paseaba Peter antes de emprender el viaje de estudios. Es más, nadie en Camden dudaba de que, tarde o temprano, Peter Harris se casaría con Eva Bronson. Y ya ves, te casaste tu con ella. Yo me pregunto: ¿No viste tú a Eva toda la vida en Camden? No es una ciudad inmensa, Gordon. Es una ciudad de apenas ciento veinticinco mil habitantes, lo cual quiere decir que todos nos conocemos más o menos, pero nos conocemos. Tú viste a Eva ahí. Donde estuvo siempre, y no se te ocurrió casarte con ella hasta hace tres años.

—La amaba.

—Una buena razón. Si le preguntas a Peter sus razones, también dará esa. Y es muy lógica. ¿Quieres dejar de desbarrar y pasar a tu despacho?

Por toda respuesta, Gordon Richardson se sentó de golpe delante de la mesa de su padre.

El caballero se impacientó.

Tenía aspecto flemático. Cabellos blancos y el rostro sin una arruga. Porte de gran señor. Las manos finas, sus ropas impecables, y se le notaba una indescriptible impaciencia. No por la intromisión de Gordon en la vida de su hermana, sino por la intromisión de su hijo en su despacho a horas de oficina.

—Gordon —se enojó—: ¿Sabes lo que te digo? Tenemos el despacho lleno de gente.

—Que esperen —gritó Gordon furioso—. Esto es antes. Tal vez podamos hacer algo para evitar esa boda.

—Pero tú estás loco. ¿Sabes una cosa? Nada me satisface más que saber que una hija mía se casa con un hijo de Ted Harris. Como no tiene más hijo que Peter, te aseguro que es una suerte que yo pueda contarle como yerno.

—¿Sabes sus ideas? ¿Las conoces?

—Es un hombre de este siglo. Un hombre consciente. Un arquitecto inimitable. Una persona digna. Tiene treinta años, una gran fortuna, y la inmobiliaria de su padre está haciendo tanto dinero, que a veces eso mismo asusta un poco. ¿Es eso lo que te pasa? ¿Que mientras ellos son dos arquitectos con suerte, nosotros dos nos hemos quedado en aparejadores con menos suerte?

—¡Papá!

—Eso es lo que estoy llegando a pensar. ¿Quieres dejarme en paz?

—Escucha.

—Lo siento, Gordon. ¿Tienes alguna razón plausible, una, por la que pueda yo comprobar lo razonable de tus acusaciones?

—Miles de ellas que no pueden comprobarse.

—Pues acabáramos, muchacho. Cuando una acusación no se puede comprobar, lo mejor es callársela, porque de nada servirá pregonarla si se carecen de pruebas para hacerla firme.

—Es un vividor.

—¿En qué sentido?

—Es noctámbulo.

—El amor a su mujer le hará cambiar.

—¿Tienes esa pretensión?

—¡Pero diablo! ¿Es que no te diste cuenta de que te tomo a broma? Nunca fuiste muy defensor suyo, pese a ser su amigo en apariencia. ¿Debo, pues, creer lo que tú me dices? Peter nunca pretendió ser un dechado de perfecciones. Jamás ocultó sus debilidades. ¿De qué se le puede acusar? De haber vivido lo suyo. Todos lo hicimos igual. Pero llega un día en que pensamos en un hogar. En una esposa, en unos hijos. ¿Se le puede negar al hombre ese derecho? No. Rotundamente, no.

—Esto es distinto. Él tiene treinta años y Rixa tiene veinte.

—Tanto mejor para ambos. Un hombre de esa edad jamás tiene la debilidad de engañar a su mujer de veinte. Es la ventaja de diez años de diferencia —rio cachazudo—. Anda, vete a tu despacho. Tenemos mucho que hacer hasta las dos de la tarde.

Gordon no se movió.

—Las ideas de Peter son demasiado avanzadas. Para él no tienen importancia el divorcio ni el amor libre.

Mr. Richardson se levantó con violencia, para caer inmediatamente sentado en el ancho sillón.

—Eres un malvado haciendo esa acusación —gritó—. ¿En qué te basas?

—¿Supones tú que un hombre de su talla, de sus creencias ultramodernas, puede hacer feliz a una joven como Rixa, toda inocencia, toda amor hacia él, toda ingenuidad?

—¿Y por qué no? No te escucho más, Gordon. Vete a tu despacho y déjame en paz.

—No tienes derecho a sacrificar a Rixa.

—¿Te has vuelto loco? Pregúntale a tu hermana si prefiere marcharse a Nueva York con su abuela o a un crucero por el Mediterráneo a casarse con su novio. ¡Pregúntaselo!

—Rixa es una muchacha inocente y está perdidamente enamorada de él. Pero yo te voy a decir una cosa —añadió apuntándole con el dedo enhiesto—: Cuando yo me casé, tenía mi pandilla de amigos. Sabía jugar en un salón de juego. Divertirme como el que más en una sala de fiestas nocturna. Pero cuando me casé, cambié mis gustos por el hogar, y jamás se me ocurrió reunirme con mis amigos solteros. Peter no hará eso. Peter tiene sus costumbres, y si bien se casa, no dejará de practicar esas costumbres.

—De acuerdo. Cuando eso ocurra, será el momento de intervenir. Entre tanto, no tengo motivo alguno para inmiscuirme en la vida privada de mi hija. ¿Está bien claro?

—Peter Harris es un degenerado.

—Merecías que te rompiera ese pisapapeles en la cabeza, Gordon. Repito que eres un malvado en cuanto a tu odio hacia Peter.

—Jamás lo he odiado. Adoro a mi hermana. Siempre estuvimos muy unidos. No puedo tolerar que destruya su vida uniéndose a un tipo tan detestable.

—¡Se acabó! —gritó Mr. Richardson fríamente—. O te vas a tu despacho o salgo yo del mío.

—Está bien —gritó Gordon a su vez—. No diré nada. Pero si no hace feliz a Rixa, ten por seguro que lo mataré.

## Dos

—¿Te gusta?

—¡Oh, Peter, es preciosa! ¿Sabes? Soy tonta, pero lo cierto es que estoy tan emocionada. Me parece imposible que me vaya a casar contigo dentro de cinco horas.

Y sus finas manos aprisionaban el brazo de Peter. Su ademán, al dejar la cara sobre el hombro de su novio, resultaba enternecedor.

Encantadoramente prosiguió:

—Me da... un poco de miedo, Peter.

—¿Miedo? —preguntó Peter levantando la cabeza—.

¿Por qué?

—No sé. Todas las chicas están haciendo números por ti. Y tu... siempre tan indiferente. Peter rio.

Una risa breve, rara.

Era alto. Delgado. Muy moreno, incluso la tez más bien tostada, dando la sensación de ser algo así como un mestizo. Los ojos, en contraste, tremendamente verdes, brillando en su piel como un desafío.

Una de sus morenas manos, desprovistas de anillos, cayó sobre los dedos cruzados de su novia que se aferraban a su brazo.

—No tengas miedo —dijo sin dejar de sonreír—. Todo será muy fácil.

—Sí, Peter.

—¿Te gusta el nuevo hogar? Lo hice todo pensando en ti.

Tenía una forma rara de hablar. La voz ronca, la cara sin muecas, sin expresión. Siempre fue así. Ni en los momentos más emocionantes de su vida, la emoción, buena o mala, se traslucía en su semblante. No era fácil conocer a Peter Harris. Había que tomarlo tal cual era o no tomarlo.

Y Rixa, demasiado inocente para conocer enteramente a un hombre como Harris, complicado psicológicamente, lo amaba tan solo. Lo amaba con todas las fibras de su ser, y jamás se preocupó de disimularlo, desde que Peter Harris decidió cortejarla, hacía de ello un año escaso.

—Todo lo diseñé yo —añadió riendo Peter Harris—. Desde los jardines hasta el desván donde tengo mi estudio particular. Ven —la tomó de la mano—. Pasada la luna de miel, nos instalaremos en esta casa.

La llevó por todo el interior del edificio.

Era un palacete digno de admiración. No faltaba un solo detalle. Se diría que Peter Harris lo tenía siempre todo presente, calculado y meticulosamente trazado en su mente, llevándolo luego a la práctica, tal cual lo ideó.

La figura menuda, muy esbelta, fabulosamente joven, de un castaño oscuro su cabello, los ojos maravillosamente azules, apretó la mano masculina. Iba a su lado. Pegada a él.

Muy pegada. Sin disimular su ternura.

—Me siento emocionada, Peter. ¿Por qué no me has traído hasta hoy?

—Porque faltaban algunos detalles. Ahora ya están todos. Solo falta Mamay, la cocinera que nos cede mi padre, y Josie, la doncella que nos cede el tuyo. Vendrán mañana y aquí nos esperarán a nuestro regreso de las Bermudas.

—¿Iremos ahí?

—Sí.

—Peter...

La miró un segundo.

Sonrió.

A veces le enternecía aquella niña... o le cargaba.

Se alzó de hombros.

Rixa se empinó de súbito sobre la punta de los pies y cálidamente puso sus labios en la boca de Peter.

—Te amo.

—Sí, Rixa.

—Mucho, ¿sabes?

—Sí, Rixa.

—Con toda el alma.

—Sí, Rixa.

—Nunca dices más que eso. Parece que...

—No seas tonta —le pasó un brazo por los hombros y siguió recorriendo la casa sin soltarla—. Ya sabes cómo soy. Poco expresivo. Tengo fama de hombre de negocios únicamente, aunque en el fondo seguramente soy un sentimental.

—¿No estás seguro de serlo?

—Es posible que lo esté.

—A mí me gustaría que lo estuvieses.

—Sí. Mira, ese es mi invernadero. Un poco introducido en la casa. ¿Sabes por qué lo hice? Adoro las flores.

—Es una preciosidad.

—Pero ahora se hace tarde. Echa un vistazo al living. ¿No es cómodo?

Se trataba de una sala llena de objetos confortables. Todo el hogar era como un conglomerado de cosas placenteras, de buen gusto, elegidas cuidadosamente.

—Si algo hay que no te guste... ya sabes. Eres libre de cambiarlo cuando regresemos.

—Te haré feliz, Peter. Toda mi vida la emplearé en hacerte feliz, por el bien que me haces al elegirme a mí entre todas las chicas casaderas de Camden.

—Mira —dijo él cortándola—: Por ese sendero se llega a la verja que conduce a la vivienda de mi padre. Papá no quiere vivir con nosotros. Dice que los casados, casa quieren.

—Es muy bueno tu padre.

—El tuyo tampoco quiere interrumpirnos, se queda en su palacete.

Cruzaron el bello jardín adornado con macizos y parteres.

—Son las dos y media. A las seis nos casamos. Nos separaremos ahora junto a tu casa —añadió subiendo al auto— y nos veremos a las seis en punto en la catedral.

El auto emprendió la marcha.

Rixa no se conformó con ir quietecita en el asiento junto a su novio. Apretó el brazo masculino con las dos manos y apoyó la cabeza en su hombro.

—Soy feliz, feliz, feliz... —susurró.

Y había en su acento una sincera y conmovedora emotividad.

Vestía chaquet.

Tenía todo sobre la mesa. Mamay iba de un lado a otro, dejando todo en su sitio. Ted Harris, campanudo, fuerte, elegantote, aún joven, pese a sus cincuenta y tantos años, con aspecto jovial, fumaba un habano entre tanto contemplaba las evoluciones de su hijo por la alcoba.

—Gracias, Mamay —dijo Peter—. Ya todo está listo. Puedes irte.

—Que sea muy feliz, señorito Peter.

—Gracias, Mamay. No te olvides de irte a casa con Josie. Si no sabe cómo desempeñar impecablemente su cometido, enséñala tú.

—Los Richardson fueron siempre gente que supieron adiestrar a su servidumbre —dijo Mamay.

—De todos modos, me parece que tú sabrás mejor que nadie adaptar a Josie a mis costumbres.

—No faltaría más.

Se cerró la puerta.

Ted Harris chupó el habano.

Tenía una ceja alzada y su semblante flemático parecía un tanto preocupado en aquel momento.

—De modo que no hay escapatoria.

Peter lo miró a través del espejo.

—¿Por qué había de haberla?

—Sí, claro.

—No pareces muy feliz.

El caballero se puso en pie.

Vestía rigurosamente de etiqueta. Iba a ser el padrino y lucía en el ojal un clavel blanco.

—En realidad —murmuró acercándose al espejo del ropero, donde su hijo colocaba la pajarita— no te consideré nunca un hombre casadero. Tienes demasiadas ideas avanzadas. Yo me pregunto: ¿qué es para ti el matrimonio?

—Una boda.

—No me salgas por la tangente. Siempre pensé que tu novia era Eva Bronson y nunca dudé que sería tu esposa. No eres hombre enamorado. Pero, dado tu carácter introvertido... pensé que, pese a las apariencias, la querías de verdad. Todo lo que tú eres capaz de querer.

—Es posible.

—Pero te casas con otra.

—¿Acaso Eva me esperó? —dijo riendo.

—Mejor que lo tomes así. La verdad sea dicha, pensé que te afectaba la boda de Gordon con Eva. Te lo envié a decir cuando supe que se casaban. No has vuelto... quiero decir, en aquella ocasión. Yo creo que, si te interesara, volverías, ¿no?

—Seguro. ¿Qué tal quedó mi pajarita?

—Perfecta —y sin transición—: ¿Sabes lo que te digo, Peter? Has ganado en la elección. Mujer como Rixa no creo

que halles otra.

—No tengo ni una arruga.

—Te estoy hablando de tu novia, Peter.

—Eso no, papá. Dentro de veinte minutos será mi mujer.

Ted Harris asió a su hijo por el brazo. No le obligó a dar la vuelta, pero su rostro apacible, un poco crispado en aquel momento, se acercó al de Peter y lo miró a través del espejo.

—Llevas un tesoro, Peter. ¿Lo sabes... o hay que advertírtelo?

—Lo sé.

—¿Sabes cuántos gustos personales tendrás que deponer?

Peter huyó de su mirada. Giró en redondo y consultó su reloj.

—Estoy listo. Y tú sigues aquí, cuando sabes que debes ir a buscar a la novia.

—Peter.

—Sí.

—¿Estás seguro de amar a Rixa?

—¿Qué pregunta más tonta es esa?

—Es una pregunta directa. No tiene subterfugios. La pregunta de un padre inquieto hacia su hijo, que parece tranquilo, aunque yo no sé si realmente lo estarás.

—Ve a buscar a la novia —dijo riendo— y llévala a la catedral. Eva no tardará en venir a buscarme a mí.

—No me explico por qué han decidido los Richardson que fuese Eva la madrina de tu boda.

—Porque carecen de más mujeres en la familia —rio Peter irónicamente.

—No te conoceré nunca —susurró Ted Harris con desaliento—. No te conocí cuando eras un muchacho, menos podré conocerte ahora que eres un hombre.

—Me conoces —dijo Peter serenamente—. Me conoces bien.